

RIQUÍN Y MI PALOMITA

**E**STE artículo y el siguiente forman parte de la obra de Dostoyeusky, Viaje al Extranjero, (Notas de invierno sobre impresiones de verano). Esta obra apareció en 1863 en la revista rusa Vremia.

La traducción de RIQUÍN y MI PALOMITA y la de BAAL son debidas á D. C. Montes Oriol.



### IMPRESIONES DE PARÍS

¿Qué hacen las esposas?  
Las esposas nadan en la felicidad, según se anda diciendo por ahí. A propósito, debéis de preguntaros por qué escribo esposas en vez de escribir mujeres. Pues para emplear el estilo elevado, señores; no faltaba más. Cuando el burgués emplea el estilo elevado dice infaliblemente: mi esposa. Y aunque en otras capas sociales se diga sencillamente, como en todas partes, mi mujer, es preferible seguir el espíritu nacional de la mayoría y servirse de los vocablos más selectos. Es más característico.

Existen además otras denominaciones. Cuando el burgués se siente conmovido, ó le vienen ganas de engañar á su mujer, le llama sin remedio «mi palomita». Y, recíprocamente, la mujer amante, en un arranque de gracia juguetona, llama

á su querido burgués: «riquíñ», lo cual seduce y encanta al burgués aludido.

RIQUÍN Y MI PALOMITA se encuentran hoy, más que nunca, en un magnífico apogeo.

Además, es cosa acordada (y que ya casi no acierta á discutirse) que MI PALOMITA Y RIQUÍN deben servir, en nuestros tiempos agitados, de modelo de virtud y concordia, de ejemplo del delicioso estado social, contrariamente á los estúpidos vagabundos comunistas.

Todos los años «riquíñ» aumenta sus tolerancias desde el punto de vista conyugal. Comprende que, dígase lo que se quiera, hágase lo que se quiera, es imposible contener á «mi palomita»; que la Parisiense nació para el amante; que al marido le es imposible avanzar con la frente sin nubes; y que debe callarse (claro está, mientras no haya allegado riquezas y no posea gran cosa). Pero cuando haya realizado sus intentos de medro, «riquíñ» será, por lo general, mucho más exigente, pues sentirá el mayor respeto hacia sí mismo. Entonces, vaya si empezará á considerar á *Gustavo*<sup>1</sup> de distinto modo, sobre todo si es además un bohemio y no tiene donde caerse muerto.

1) Nombre con que designa Dostoyeuský al dulce calavera por quien suspira el bello sexo. —(N. del T.)

Ya todo el mundo sabe que apenas el Parisién tiene dinero, quiere alcanzar por medio de legítimas nupcias una mujer que iguale su fortuna. Es más: se llevan á cabo cálculos previos, y si resulta que los francos de él y los bienes de ella son equivalentes, se casan.

Semejante fenómeno ocurre en todas partes, pero aquí la ley de la igualdad de los bolsillos parece haber penetrado singularmente en las costumbres. Sí, por ejemplo, la niña casadera supera al pretendiente en un ochavo, no se otorgará su mano á ese pretendiente inferior; buscaráse un «riquíñ» más satisfactorio.

Hay que reconocer que los matrimonios por amor son cada vez más imposibles, y casi diputados de indecentes. Esa prudente costumbre de la igualdad obligatoria de los bolsillos y de la unión de los capitales se vé violada rarísimas veces, y sin duda mucho menos aquí que en otras partes.

El burgués ha sabido utilizar magníficamente en provecho de él la disposición de la fortuna de su mujer. He aquí porque muy á menudo se siente dispuesto á cerrar los ojos ante las aventuras de «mi palomita» y á no advertir los accidentes que envuelvan alguna contrariedad, pues de otro modo, esto es, si surge la doméstica rencilla, la

cuestión de la dote puede ponerse desagradablemente sobre el tapete. Además, si «mi palomita» ostenta una elegancia superior á la que sus medios le permiten, «riquín», que lo vé todo, se resigna; su mujer no le exigirá cantidades tan crecidas para sus *toilettes*. «Mi palomita» resulta entonces muchísimo más conciliadora.

Por otra parte, como en la mayoría de los casos la unión conyugal es ante todo el matrimonio de los capitales y nadie se preocupa excesivamente de la mútua inclinación, «riquín» no tiene el menor inconveniente en tramar algún desafuero contra la fidelidad debida á «mi palomita». Y es muchísimo mejor no molestar uno á otro. De este modo reina en la casa harta mayor armonía, y se oye el dulce murmullo de los queridos nombres: «riquín» y «mi palomita» que dejan oír más á menudo los esposos.

Finalmente, y para no ocultar el menor detalle, «riquín» ha sabido de un modo maravilloso procurarse garantías para los lances de esta clase. El comisario de policía está á todas horas á su disposición; ello se debe á las leyes que el propio burgués ha elaborado. En rigor, si sorprende á los amantes en flagrante delito, puede matarles á los dos, y le está asegurada la impunidad.

«Mi palomita» lo sabe y lo aprueba.

Una prolongada tutela experimentada por «mi palomita», la ha acostumbrado no murmurar de ese estado de cosas, y á que no la visite, como en otros países ridículos y salvajes, el anhelo de estudiar, por ejemplo, en las universidades, y de tomar asiento en los clubs y en las cámaras de diputados. «Mi palomita» prefiere continuar en su estado aéreo, suspendida como un canario. La atavían, la proveen de guantes, la llevan á las fiestas, danza, engulle bombones, se la trata áparentemente como reina, y el hombre, á sus plantas, parece anonadarse en el polvo. Esta clase de relaciones diríase ordenada con la mayor nobleza y alcanza el mayor éxito.

En una palabra, la conducta caballeresca permanece inviolada. No hay más que pedir. Porque claro está que su *Gustavo* no se lo quitan. Por otra parte ella no exige satisfacción á aspiraciones elevadas, virtuosas, etc., etc.; en realidad, «mi palomita» es tan capitalista y tan codiciosa como su marido. Cuando han pasado los años fugaces y ya no le es posible conservar sus ilusiones y juzgarse canario; cuando la posibilidad de obtener un nuevo Gustavo llega á la categoría de verdadero absurdo,—aún para la imaginación más ardiente y ambiciosa,—entonces «mi palomita» se trans-

forma rápidamente, vilmente. Tórnase casera y de intención dañada. Se la vé por las iglesias, economiza ahincadamente, y deja aparecer por doquiera una especie de ostensible bajeza. Entrégase al cansancio, al despecho, á los instintos groseros, á una existencia sin finalidad, á coloquios cínicos. Algunas se metamorfosean en verdaderos pingajos.

Claro que no siempre es así; es innegable que no faltan más luminosas apariencias; es innegable que las relaciones sociales son parecidas en todos lados, pero... aquí el suelo es más fértil para eso, todo eso aparece con más originalidad, con más independencia, con más perfecta integridad; todo eso es aquí evidentemente nacional. Aquí se encuentra el origen, el manantial de la forma social burguesa que reina actualmente en toda la faz de la tierra, perpétua imitadora de la nación insigne.

Sí; á juzgar por las apariencias, «mi palomita» es reina.

Es difícil aún imaginar qué exquisita cortesanía, qué atenciones importunas la rodean en todas partes, en sociedad y en la calle.

Son de una estupenda sutileza y llegan á tal grado de insulsez, que un alma bien nacida no acertara á sopor-tarlas. La grosera falsificación la hu-

biera mortificado hasta lo más hondo del sentir.

Pero «mi palomita» es también una extraordinaria bribona, y no pide otra cosa.

Al fin y al cabo, siempre mantendrá su provecho, y prefiere timar en vez de avanzar derechamente, con lealtad; según ella eso es más seguro y además el juego resulta más divertido. El juego, la intriga, eso es lo esencial para «mi palomita»; lo demás son nonadas.

Pero las tales «palomitas» ¡cómo se visten, cómo salen!

«Mi palomita» es amanerada, dislocada, sin el menor asomo de naturalidad; pero Señor, ese es su encanto, sobre todo para gentes gastadas y licenciosas hasta cierto punto, que perdieron el gusto de la belleza fresca y espontánea.

«Mi palomita» es muy poco desarrollada; tiene corazón y cerebro de pájaro, pero es tan graciosa, y posee tantos secretos de innumerables agudezas y subterfugios, que uno se somete y va en pos de ella, porque parece una donosa novedad.

Aún puede afirmarse que raras veces es bella. Tiene un no sé qué perverso en la expresión del rostro. Pero no importa; ese rostro es voluble, juguetón y posee con maestría insuperable el

arte de falsificar el sentimiento y la naturaleza.

Tal vez lo que en ella os encanta no es que llegue á falsificar la naturaleza, sino el procedimiento de esa falsificación, el arte con que la lleva á cabo.

Para el parisien el amor inequívoco ó una hábil falsificación del amor, importan lo mismo. Y tal vez la falsificación guste más.

En París se considera cada vez más á la mujer desde un punto de vista oriental. Las damas de las camelias están cada vez más de moda.

—Toma mi dinero, y engáñame con muchísimo respeto; esto es, falsifica el amor—he aquí lo que se les pide.

Casi no se pide otra cosa á la esposa, ó por lo menos el marido se contenta con eso; de aquí que *Gustavo* se vea permitido tácitamente y por indulgencia. Además, el burgués sabe perfectamente que con el tiempo «mi palomita» se convertirá á sus intereses y será para él una franca asociada que sabrá acumular el dinero.

Es más; «mi palomita» ya le ayuda desde en los tiempos de su juventud. Ella es á veces quien dirige todas las operaciones mercantiles, quien atrae la clientela, y es el brazo derecho del esposo, y su principal dependiente. Fuerza es perdonarle su *Gustavo*.

En la calle, la mujer es sagrada. Nadie la insulta, todos le abren paso; no ocurre, como entre nosotros, que una mujer, no siendo decididamente vieja, no pueda dar dos pasos en la calle sin que una figura marcial ó un andariego cualquiera la mire bajo el sombrero, y exprese su anhelo de ingresar en el círculo de sus amigos.

No obstante, á pesar de la posibilidad de un *Gustavo*, la forma habitual y cotidiana de las colecciones entre «riquín» y «mi palomita» es bastante cariñosa, y aun bastante ingénuo.

Por regla general, en el extranjero—eso me ha impresionado mucho—todo el mundo es bastante más ingénuo que los Rusos. Es difícil explicar eso bien; es preciso observarlo por sí mismo. «El Ruso—dicen los Franceses—es escéptico y burlón»; y es cierto.

Tendemos más al cinismo que á otra cosa; no nos sentimos apegados á lo nuestro, no amamos lo que nos pertenece; ó á lo menos no lo estimamos magníficamente, sin entender de qué se trata. Participamos de los intereses europeos, de los intereses de la humanidad en general, sin pertenecer á ninguna nación. Por consiguiente nos referimos á todas las cosas con más frialdad como si lo hiciésemos por deber, y siempre de un modo abstracto.

Pero me estoy apartando de mi tema. Riquín es á veces muy ingénuo. Por ejemplo, cuando se pasea alrededor de las fuentes, empieza á explicar á «mi palomita» por qué las fuentes juguetean, le explica las leyes de la naturaleza, y expresa su orgullo nacional, inflamado por las bellezas del «bosque de Bolonia», las luminarias, los grandes juegos de agua de Versailles, los éxitos del emperador Napoleón y su gloria militar; goza de su curiosidad y su placer, y se siente satisfechísimo.

La más bribona de las «palomitas» se muestra asimismo bastante tierna para con su esposo; advertid que no se trata de una ficción cualquiera, sino de una ternura desinteresada, á pesar de las nubes que cubren la frente del esposo.

No abrigo la pretensión—como puede suponerse,—de arrancar los techos de las casas, como el demonio de *Le Sage*<sup>1</sup>. Me limito á contar lo que me ha impresionado, lo que he creído observar.—Mi marido no ha visto el mar—os dice una «palomita»,—y su voz expresa una compasión sincera y candorosa. Eso significa que su marido no fué en su vida á

1) Dostoyeuský alude al protagonista de la novela de *Le Sage*, *Le Diable Boiteux*, famosa imitación de la obra de nuestro Luis Vélez de Guevara, *El Diablo Cojuelo*.—(N. del T.)

Brest, á Boulogne, á cualquiera de esas partes donde el mar está visible.

Es preciso tener en cuenta que el burgués experimenta algunas necesidades muy candorosas y muy serias, que se han convertido ya en costumbre universal de la burguesía.

Así por ejemplo, además de la necesidad de atesorar y de la necesidad de elocuencia, experimenta dos necesidades más, dos necesidades sumamente legítimas, consagradas por la unanimidad consuetudinaria y de las cuales se ocupa con la mayor gravedad, casi de un modo patético.

La primera de estas necesidades es ver el mar. Ocúrrele al parisién vivir y tener su comercio en París durante toda su vida, sin haber visto el mar. ¿Por qué necesita ver el mar? Lo ignora, pero lo desea violentamente, con anhelo imponderable; y debiendo aplazar de año en año su viaje porque habitualmente sus negocios le aherrajan, se fastidia, y su mujer participa de su fastidio (por regla general se encuentra aquí un venero inagotable de sentimiento, y eso me encanta).

Por fin encuentra la ocasión y los medios; se dispone á realizar el viaje é invierte cierto número de días «para ver el mar». A su regreso, entusiasmado,

cuenta en términos pomposos sus impresiones á su mujer, á los parientes, á los amigos, y guarda durante el resto de su vida el recuerdo embelesador de haber visto el mar.

Otra necesidad del burgués, necesidad legítima y no menos violenta, es la de arrastrarse por la hierba. Al parisién en cuanto abandona su ciudad, le vuelve loco arrastrarse por la hierba, y le parece que su deber le exige llevar á cabo esa operacioncilla; y la realiza con dignidad, dándose cuenta de que con ella adquiere la más íntima comunicación con la naturaleza. Sobre todo le colma del más venturoso deleite que alguien le vea durante su ejercicio.

Por regla general, el Parisién cree en tales ocasiones deber mostrarse más libre, más juguetón, más valiente, parecer natural, esto es, más próximo á la naturaleza. ¡El hombre de la naturaleza y la verdad! ¿No se manifiesta en el burgués ese respeto exagerado de la naturaleza desde *Jean Jacques*?

Pero conste que esos antojos: ver el mar y arrastrarse por la hierba, solo se los permite el Parisién cuando ha atesorado una fortuna, en una palabra, cuando empieza á respetarse, á enorgullecerse de sí mismo, y á considerarse un hombre.

Arrastrarse por la hierba es dos veces,

diez veces más dulce cuando se efectúa en terrenos propios, comprados con el dinero que le acarrea á uno el trabajo. Por regla general, cuando abandona el negocio, el burgués desea intensamente comprar una propiedad, construir una casa, tener un jardín, una pared, unas gallinas, una vaca. Y aunque todo eso sea de dimensiones microscópicas, lo mismo dá: el burgués repite con infantiles y conmovedores transportes: — Mi árbol, mi pared. — Repítelo á cuantos recibe en su hogar y no dejará de repetirlo mientras viva. Allí es donde le causa más inefable alborozo lo de arrastrarse por la hierba. Para cumplir con este deber, planta césped delante de su casa.

Alguien contaba que en la finca de cierto burgués, la hierba no quería crecer en el lugar destinado para el césped. Cultivaba, regaba, volvía á poner césped tomado de otras partes: todo en vano, el suelo era hostil y no se entendía de chiquitas. El azar se había empeñado en que la plazuela frontera á la casa guardase su carácter. Entonces resolvió comprar césped artificial; fué exprofeso á París para comprar una alfombra de hierba de dos metros de diámetro, y extendió todas las tardes en la plazuela su alfombra con los hierbajos industriales para contento de sus ilusiones y satisfacción de su legítima necesi-

dad de arrastrarse por la hierba. En los primeros instantes de ese arrobo que acompaña á la adquisición de una propiedad, el burgués sería hasta capaz de eso, de modo que la anécdota no es moralmente inverosímil.

Y ahora dos palabras acerca de *Gustavo*:

*Gustavo* es evidentemente el mismo hombre que nuestro burgués, esto es, dependiente, comerciante, empleado, literato, oficial. *Gustavo* es el mismo «riquín», aunque soltero. Pero ya no se trata de esto; lo que importa averiguar es qué atavíos toma y qué trajes viste ahora *Gustavo*; cual es su figura y cuales las plumas con que deslumbra.

El ideal de *Gustavo* cambia según las épocas, y se refleja siempre en el teatro con los mismos rasgos con que aparece en la sociedad. Al burgués le gusta ostensiblemente el *vaudeville*, pero prefiere el melodrama. Un *vaudeville* alegre y verdinoso—única obra de arte no transportable á otro suelo, incapaz de vivir fuera de su país natal, París—un *vaudeville*, aunque guste al burgués, no le satisface y colma. Necesita nobleza muy encumbrada, inexplicable; necesita sentimiento, y el melodrama contiene todo eso. El parisien no puede vivir sin melodrama. Mientras el burgués alien-

te, el melodrama será inmortal. Es curioso que el propio *vaudeville* sufra ahora una transformación. Aunque se muestre todavía alegre y excesivamente picaresco como antaño, empieza á añadirse un nuevo elemento: la moral. El burgués se pirra por una misión que le parece su deber más sagrado y más necesario: tal es la de procurarse un poco de moral y procurársela á «mi palomita.» Además, en nuestros días el burgués goza de un poder absoluto; constituye una fuerza, y los autorcillos de *vaudevilles* y de melodramas son serviles y adulan el poder.

He aquí por qué, aun presentado bajo un aspecto ridículo, el burgués triunfa, y se le anuncia infaliblemente en el desenlace que todo ha terminado como en el mejor de los mundos. Es preciso creer que semejantes declaraciones tranquilizan seriamente al burgués. Todo individuo pusilánime, que no se sienta enteramente seguro del éxito de sus negocios, experimenta la dolorosísima necesidad de cobrar ánimos, de infundirse nueva confianza, de tranquilizarse. A pesar de todo, empieza á creer en indicios favorables. Aquí, ocurre exactamente lo mismo. Preséntanse en el melodrama caracteres magnánimos y lecciones sublimes. Ya no se trata de unas zalagardas divertidas, sino del

triunfo patético de lo que «riquín» ama tanto, de lo que tanto le seduce.

Lo que más le gusta es la tranquilidad política y el derecho de atesorar, para organizarse al fin un interior. Pues bien, los melodramas se escriben hoy obedeciendo á esa tónica.

*Gustavo* se presenta con ese carácter. Puede siempre conocerse lealmente, por medio del disfraz de *Gustavo*, cual es para «riquín» en un instante dado el ideal de la suprema nobleza.

En otras edades—hace mucho tiempo de eso—*Gustavo* era poeta ó pintor, genio irrevelado, acosado, martirizado por las persecuciones y las injusticias. Luchaba noblemente, y siempre, al fin de la obra, la vizcondesa que desfallecía secretamente de unos amores inspirados por él, pero hacia la cual *Gustavo* sólo experimentaba la más desdeñosa de las indiferencias, le unía á su hija adoptiva Cecilia, chiquilla sin un ochavo, pero que súbitamente se encontraba dueña de una cantidad enorme de dinero. Ordinariamente *Gustavo*, en un arrebato, rehusaba el dinero. Mas he aquí que sus obras alcanzaban un éxito descomunal en la exposición de pinturas. En vista de lo cual, tres lores ridículos hacían irrupción en su albergue; y cada uno le ofrecía cien mil francos por su próximo cuadro. *Gustavo* se burlaba de ellos sar-

cásticamente, y declaraba con amarga desesperación que la humanidad es cobarde en toda su extensión, é indigna de su pincel; que no entregaría el arte, el arte sagrado, á la profanación de los pigmeos que no advirtieron hasta el momento actual su superioridad. Tocabale el turno á la vizcondesa de hacer irrupción en la morada de *Gustavo*; y afirmaba que Cecilia se estaba muriendo de amor por él, y que eso debía inducirle á pintar cuadros. Entonces adivinaba *Gustavo* que la vizcondesa, que fué en otro tiempo su enemiga, é impidió que sus obras fuesen admitidas á la exposición, le amaba secretamente y se vengó por celos. Naturalmente, *Gustavo* tomaba acto seguido el dinero de los lores, enjaretándoles otra vez cierto número de sandeces, lo cual parecía arrebatárles de puro contento; precipitábase hacia Cecilia, consentía en aceptar su millón y perdonaba á la vizcondesa, quien se retiraba á sus posesiones campesinas; y habiéndose casado con la chica empezaba á proveerse de descendencia, de franelas y de gorros de algodón, y al atardecer paseaba con «mi palomita» junto á las fuentes bienhechoras que le recordaban, claro está, con el dulce chapaiteo de sus chorros, la fidelidad, la solidez y la calma de su felicidad terrena.

Ocurría á veces que *Gustavo* no era

dependiente, sino un infeliz huerfanico abandonado, cuyo corazón está henchido de inefable nobleza. De repente nos enteramos de que no hay tales carneros, de que no es huerfanico, sino hijo legítimo de Rothschild. Recibe unos milloncesos. Pero *Gustavo* arroja de su vera los millones con altanería y desdén. ¿Por qué los arroja? Porque así lo requiere la necesidad de elocuencia. Pero ahí tenemos á la señora de Beaupré, esposa de un banquero, la cual está perdiendo los estribos por él; esta señora hace irrupción en su casa; precisamente está empleado *Gustavo* en el despacho de su marido, el banquero. La señora de Beaupré declara que Cecilia está á pique de morir de amores á causa de él, y que debe ir á salvarla. *Gustavo* adivina que la señora de Beaupré está enamorada de él, recoge los millones, y dirigiendo á todos vivos reproches en los términos más desazonados, porque en parte alguna de todo el linaje humano acierta á hallar tanta nobleza como en sí mismo, va á casa de Cecilia y se casa con ella. La mujer del banquero [se retira á sus posesiones campesinas, Beaupré vence, porque su mujer que estaba al borde del abismo permanece candidísima y santa, y *Gustavo* empieza á hacer provisión de niños y va á pasearse al atardecer junto á las

fuentes bienhechoras, que con el chapaleteo de sus aguas... etc., etc.

Pero actualmente la inefable nobleza se representa más á menudo bajo la figura de un oficial, ó de un oficial de genio, ó de un individuo de categoría parecida; pero sobre todo militar y condecorado con la cinta de la Legión de Honor «comprada con su sangre». (A propósito, esta cinta es cargante. El que la ostenta se envanece tanto de ella, que es grave problema hallarse con él, viajar en el mismo departamento, estar á su lado en el teatro ó en el restaurant. La mayor concesión que puede haceros es no escupiros á la cara; se burla de vosotros vergonzosamente, le hace soplar y ahogarse el exceso de su burla, hasta daros náuseas; padecéis un derramamiento de bilis y os véis obligados á mandar que llamen al médico. Pero ¡qué le vamos á hacer! los franceses pierden por ella el seso).

Debe notarse que hoy se concede suma atención al señor Beaupré, muchísima más que en los pasados tiempos. Sin duda Beaupré ha amontonado muchísimo dinero y muchísimos bienes. Es una persona recta, un corazón sencillo, algo ridículo por sus costumbres burguesas y porque es el marido; pero resulta un pedazo de pan, honrado hasta la pared de enfrente, generoso é infini-

tamente noble en el acto durante el cual debe acongojarle la sospecha de que «mi palomita» le es infiel. A pesar de todo, liberalmente, se decide á perdonarla. ¡Pero no se pone en claro que la señora de Beaupré es de una candidez columbina, que sólo pretendía bromear al encapricharse con *Gustavo* y que «riquíñ», que la aplastó con su generosidad, le es más precioso que el orbe entero! Cecilia continúa sin un ochavo, no hay que perderlo de vista, pero sólo en el primer acto; más tarde llueve del cielo el consabido millón. *Gustavo* es altanero, y noble, y lleno de desdén como siempre, pero algo más bravucón que en otros tiempos porque es militar. Lo más precioso que posee en el mundo es su cruz, «comprada con su sangre» y «la espada de su padre.» Saca á colación la espada de su padre á cada instante, sin la menor oportunidad y en las ocasiones más inverosímiles; el espectador llega á perder la comprensión de lo que está diciendo; insulta á todos, cubre á todo el mundo de vilipendio, pero todos se inclinan delante de él y los espectadores lloran y aplauden (lloran literalmente). Como es justo, no tiene donde caerse muerto; esta es la condición *sine qua non*. La señora de Beaupré está enamorada de él ¡no faltaba más! Cecilia, lo mismo, pero él

no sospecha el amor de Cecilia. Cecilia gime de amor durante cinco actos. Por fin, empieza á nevar, ó algo parecido. Cecilia quiere echarse por la ventana. Pero bajo la ventana suenan dos detonaciones. Todo el mundo corre hacia el lugar del suceso: *Gustavo* entra lentamente; la palidez invade su rostro, viene con el brazo en cabestrillo. La cinta, comprada con su sangre, brilla en el ojal. El calumniador y seductor de Cecilia ha sido castigado. *Gustavo* acaba por olvidar que Cecilia le quiere, y que todo eso son chistes de la señora de Beaupré. ¡Pero la señora de Beaupré está pálida, azorada! *Gustavo* adivina que esta señora le ama. Y he aquí que resuena una nueva detonación. Su autor es Beaupré, quien se mata en un arranque de desconsuelo. La señora de Beaupré lanza una exclamación y se precipita á la puerta; pero surge el señor Beaupré en persona y trae una zorra mortalmente herida ó algo por el estilo. Ha dado una lección á «mi palomita»; «mi palomita» no lo olvidará en su vida. Abraza á «riquíñ» y éste lo perdona todo. Entonces es cuando aparece el millón de Cecilia, y *Gustavo* se rebela contra ese azar. Se niega á casarse, se hace el desdenoso y dice palabras terribles. Es absolutamente necesario que *Gustavo* diga palabras terribles y man-